

El viraje chileno



ANORA MISMO

Francisco Longo

Después de más de 50 años, con el paréntesis de la dictadura por medio, la derecha democrática va a gobernar Chile. El reagrupamiento de las fuerzas políticas tras el pinochetismo fue decantando un escenario bipartidista, polarizado entre dos poderosas coaliciones. Una de ellas, la Concertación, integrada por la izquierda socialdemócrata y la democracia cristiana, ha gobernado ininterrumpidamente durante los últimos 20 años. Sólo estos datos bastarían para justificar el interés de una glosa de urgencia del reciente resultado electoral.

Una primera circunstancia llama la atención. La presidenta Michelle Bachelet –que constitucionalmente no podía repetir– deja el cargo con cifras de popularidad superiores al 80%. ¿Significa esto que la derrota es imputable a una inadecuada elección del candidato, que Eduardo Frei no era una opción demasiado ilusionante? Tal vez sí, en alguna medida, aunque, en mi opinión, ha pesado más la fatiga de tantos años de hegemonía, tanto en el electorado como en los mismos equipos políticos de la Concertación. La alternancia se intuye como una consecuencia casi natural del largo ciclo de gobierno del centro-izquierda, y tiene algo de consolidación del régimen post-pinochetista, ya que la derecha chilena consigue finalmente que las urnas la rediman –seguro que a algunos españoles la cosa nos suena familiar– de un pasado de convivencia con la dictadura.

¿Lo merece? ¿Ha hecho la derecha los deberes democráticos que tenía, implícitamente, pendientes? Un vistazo a la política chilena de estos años induce a contestar afirmativamente. En realidad, como ocurre en España con el PP, la Alianza, coa-

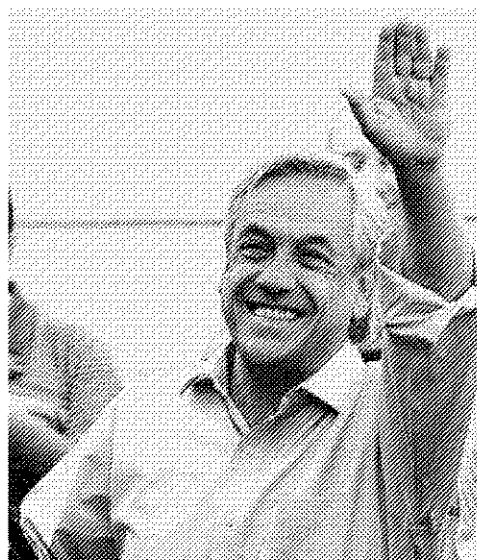
lición de dos partidos, UDI y RN, agrupa a todo el espectro político que va desde el centro a la extrema derecha, y alberga a un montón de nostálgicos de la dictadura. No obstante, tanto los textos programáticos, como el comportamiento de sus principales líderes, han ido mostrando un gradual pero firme repudio de aquella herencia. Su práctica de oposición se ha guiado por los patrones de conducta comunes en las democracias, incluyendo pactos que han apoyado, en momentos delicados, la gobernabilidad del país.

Piñera frente a Berlusconi

Trasladar ese cambio a la percepción del electorado era imprescindible para gobernar. En su lavado de imagen, la Alianza acertó en la selección del candidato, Sebastián Piñera, derrotado hace cuatro años por Bachelet y victorioso el domingo. Presentado a veces en España como una reedición de Berlusconi, tiene en común con éste su condición de empresario de éxito (es propietario de la principal aerolínea del país) y multimillonario, así como la notoriedad pública que se deriva de ello. Sin embargo, hay rasgos que le alejan de aquél. De entrada, no es un *outsider* que se construye una imagen propia y una fuerza electoral desde fuera del sistema político. Piñera peleó duramente por su nominación en el interior de RN, su partido de siempre, y forma parte del espectro central de la clase política chilena. Aunque acusado a veces de populista, su discurso y su práctica se alejan bastante del caudillismo antisistema que gustan de cultivar el presidente italiano y sus émulos. Por otra parte, el candidato ganador ha anunciado un alejamiento radical de sus intereses empresariales, lo que, de confirmarse, supondría un elemento más de diferenciación. Lo cierto es que Piñera –que, a diferencia de anteriores candidatos derechistas, propugnó el voto contra Pinochet en el histórico referéndum que abrió paso a la democracia– ha proporcionado a la Alianza la imagen de derecha democrática que le era imprescindible para ganar las elecciones.

Es pronto para aventurar en qué orientaciones y contenidos va a traducirse el cambio. Piñera parece consciente de que su Gobierno deberá afrontar con recetas propias la desigualdad social, que es el problema endémico del país. Está por ver lo que consigue. Cabe intuir, eso sí, que el viraje será suave, sin derrapajes bruscos. Si algo caracteriza a la política chilena de hoy, como saben muchos empresarios españoles, es una obsesión por la estabilidad, tanto macroeconómica como política. Los valores centrales del sistema político y las prioridades estratégicas del país son bastante compartidos por las grandes coaliciones, como escenificaba la aparición conjunta de los dos candidatos en la noche electoral. Hablando al margen de afinidades e ideologías, con la normalización de la alternancia política, Chile sigue poniendo de manifiesto una alta solidez institucional.

Director del Instituto de Gobernanza y Dirección Pública. **ESADE**, Universidad Ramon Llull



Sebastián Piñera, presidente electo de Chile.